2006-09-11Comentario

“… me refiero a ése que vive con la mujer de su padre. ¿Y todavía tenéis humos? 1Co 5, 16
“Tú no eres un Dios que ame la maldad” Sl 5
“Él se levantó, se quedó en pie y Jesús les dijo: «os voy a hacer una pregunta»”. Lc 6, 9

Cuando era adolescente, un padre misionero, de esos de barba larga y amplia sonrisa, me contó algunas de sus peripecias por África. Para colmo de coincidencias, estábamos justo delante de un planisferio enorme… Aprovechó para mostrarme las zonas de Etiopía y Somalia donde había trabajado intensamente. De pronto, me salta con una petición: «Pregúntame cualquier río, ciudad, montaña del mundo y te diré dónde está». Me pilló de sorpresa y aunque tenía ante los ojos el inmenso planisferio, no atinaba a citar un lugar un poco insólito para pillarle. Toda la geografía se me había esfumado de la cabeza. Me dijo entonces el sabio misionero: “No importa tanto saber las respuestas, como saber preguntar”. Y hoy, Jesús, el que pregunta eres Tú.

Mi Señor, toda pregunta, sobre todo, si nos llega de sopetón, nos pone delante de un espejo invisible. Si no fuera por el apuro que pasamos, hasta sería risible. ¡Qué experiencia, fuera de serie, vernos como si de otra persona se tratase! ¡Qué cara se nos queda, cuando nos vemos en ese espejo!

Una cosa es recordar que el juicio último de las acciones de nuestros semejantes pertenece a Dios. Y otra muy distinta es el ejercicio diario de “no juzgar” las intenciones y el corazón de nuestros semejantes. Y, lamentablemente, nuestros juicios no son imparciales, porque, en realidad, nos movemos por la simpatía o por la antipatía que sentimos hacia el otro.

Si ese ‘otro’ es alguien a quien amamos, con quien nos sentimos a gusto y nos cae bien, le justificamos todo, hasta las barrabasadas más impensables. Incluso le justificamos los pecados, que, de forma “objetiva”, no tienen otro nombre que pecado. Como lo describe San Pablo, en su Carta a los Corintios. Aquella persona debía de ser todo un personaje, para que la comunidad justificase su mal ejemplo.

Por el contrario, si el otro nos cae como un tiro en el estómago, aunque realice las obras más maravillosas y sea una persona noble, no le perdonamos una. Y no sólo no le perdonamos una, sino que estamos deseando que se equivoque para echárselo en cara. Incluso, aunque no tenga nada que ver con nuestros problemas, encontramos la forma de responsabilizar a “ese/a antipático/a”.

Ahora, que con tu pregunta me has desenmascarado, no me gusta nada lo que veo. Porque no quiero ya vivir de forma tan superficial. Porque las buenas acciones serán siempre buenas acciones y tengo que reconocerlo, vengan de quien vengan. Y las malas acciones, que han sido y son flagrantes faltas de respeto a la dignidad de cualquier hombre o mujer, son malas acciones, vengan de quien vengan.

Que en mis elecciones, no me acerque a las personas, buscando intereses que no son los tuyos, mi Señor. Justificando y quedando bien con los que tienen poder, aunque éstos nieguen el bien de sus semejantes. Ni que me deje llevar por la omisión y la negación de quien vive justa y honradamente, porque no sigue las reglas de juego sucio de la sociedad actual.

Y tú Madrecita María, no me dejes de tu mano en el camino. Sé mi ancla y mi consejera.

Elisabeth Alemán